

enamoradas de Jesucristo. Baste recordar otra vez el Oratorio, San Sulpicio y San Lázaro (en este último vive el espíritu de San Vicente de Paúl); prescindamos de tantas órdenes y congregaciones religiosas, antiguas y modernas, de hombres y de mujeres, donde, sin duda, reina el espíritu de Jesucristo. Pero acaso por encima de ese espíritu flota ya entonces, y se entra por los ojos y por todos los sentidos, un espíritu pagano de lujo, de molición, de sensualidad, de corrupción. Acaso la misma ciencia, la misma sabiduría que se llama católica se resiente de profanidad y de hinchazón. Acaso no es la sabiduría genuinamente cristiana, la sabiduría del Evangelio, que San Pablo considera como la única verdadera Sabiduría: «saber a Cristo, y a Cristo crucificado», Esa es la sabiduría que Montfort echa de menos en muchos de sus contemporáneos. Y ésta es la que él pide y busca para sí y la que querría infundir en todos los demás: la sabiduría de Cristo crucificado, la sabiduría de la cruz. Porque en el ambiente flota esplendoroso el concepto y la palabra de «sabiduría», titulará su libro *El amor de la Sabiduría*; pero la Sabiduría de que él va a escribir es la Sabiduría eterna anonadada, encarnada, crucificada.

* * *

Es San Pablo el que a las inmediatas le inspira la palabra, el concepto y la realidad. «Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: para los judíos, escándalo; para los griegos, necedad; mas para los mismos, ju-díos o griegos, una vez llamados a la fe, [predicamos] a Cristo, poder de Dios y Sabiduría de Dios». Un Viernes Santo, en presencia de Luis XIV, Bourdaloue había hecho un comentario profundo y magnífico de estas palabras que se publicaron en 1692: «Cristo crucificado, poder de Dios y sabiduría de Dios». Fácilmente pudo leer esas espléndidas palabras Montfort mientras se preparaba al sacerdocio y después de ser sacerdote. Pero no había necesidad de que las leyera en Bourdaloue. La lectura de San Pablo y, más todavía que esa lectura, la meditación de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, nuestro Redentor, le habían enseñado que, en efecto, Jesucristo crucificado es el gran milagro del poder y de la Sabiduría de Dios, la única verdadera Sabiduría. El amor de esa Sabiduría es el que quiere encender en las almas con la composición de su libro.

* * *

Tal vez, como indicábamos, es en París en los últimos meses de 1703 y primeros de 1704, sumergido en la mayor pobreza, desamparó y humillación, cuando se pone a redactar la obra, pensando, como puede creerse en las Hijas de la Sabiduría, a quienes se la ofrecerá en víspersas de su muerte, como hecha para ellas.

Puesto a escribir, Montfort no se preocupa de ser original en la redacción. No tiene inconveniente en tomar algunos materiales, y aun muchas expresiones, de Saint Jure y acaso de otros autores. Lo peculiar en él será la armazón que dé a esos materiales. Lo característico, su amor abrasado a Jesucristo crucificado, y en él y por él, a la cruz con todo lo que la cruz encierra de dolores,

humillaciones y desprecios. Y al señalar los medios para alcanzar y conservar ese amor a la Sabiduría eterna crucificada, lo característico en él, su gran secreto, será la consagración total a la Santísima Virgen.

Aunque a primera vista el estudio pudiera parecer menos ordenado, no es así ni mucho menos, sin negar que se le pudiera haber dado una distribución más regular y más armónica.

Como preliminares han de considerarse la «Oración para pedir la Sabiduría», que es al mismo tiempo dedicatoria del libro, y los «Avisos que la divina Sabiduría da a los príncipes y potentados del mundo», y en general a todos los hombres, para que la busquen.

En el estudio mismo se distinguen claramente dos partes:

- I. Motivos que tenemos para amar la Sabiduría.
- II. Medios para adquirirla y conservarla.

Véase un esquema rápido de cada una de estas partes:

I. MOTIVOS QUE TENEMOS PARA AMAR LA SABIDURÍA: se toman, principalmente, de sus excelencias.

Todavía un capítulo preliminar sobre la necesidad de conocer la Sabiduría para amarla (c. 1).

Luego se considera:

- A. La Sabiduría en la eternidad. Excelencias de la Sabiduría en sí misma (c. 2).
- B. Sabiduría en el tiempo.

1°. Antes de la encarnación:

- a) En la creación del mundo y del hombre (c. 3).
- b) En la preparación de la encarnación (c. 4).
- c) Su excelencia respecto de nuestras almas (c. 5).
- d) Deseos de darse a los hombres (c. 6).
(Sigue un capítulo intercalar.)
- e) Elección de la verdadera Sabiduría (c. 7).
- f) Efectos maravillosos de la Sabiduría en las almas que la poseen (c. 8).

2°. En la encarnación y después de la encarnación:

- a) Encarnación, vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, la Sabiduría encarnada (c. 9).
- b) Hermosura de la Sabiduría en su nombre, en su semblante, en sus palabras (c. 10).
- c) Dulzura en sus acciones (c. 11).

Principales oráculos de la Sabiduría encarnada (c. 12).

Sufrimientos de la Sabiduría encarnada (c. 13).